

mientras se olvidan de nosotros; ¿no hemos tenido mucha repugnancia para sufrir esta suerte de tratamientos?

¿No hemos murmurado interiormente contra nuestros superiores, suponiéndoles predispuestos caprichosamente, cuando lo que quieren es probarnos por mandatos imperiosos, por austeras reprimendas ó por avisos humillantes?

3. ¿Hemos sido bastante humildes, no solamente para no tener pena á causa de esos menosprecios, mas tambien para amarlos y sufrirlos en paz y con alegría? *Ama nesciri et pro nihilo reputari.* (Imit. Chr. lib. 1, c. 2).

A fin de corroborarnos en esas disposiciones, ¿hemos considerado que las afrentas, las injurias y las calumnias son un gran remedio contra nuestro orgullo, y que siendo pecadores no merecemos otros tratamientos, y que al pasar por estas pruebas nos hacemos conformes con Jesucristo?

En fin, para tener una entera conformidad con nuestro Señor, y para imitar más perfectamente su humildad, ¿hemos deseado como El las confusiones y los desprecios? ¿Los hemos recibido como venidos de la mano de Dios, que los permite para nuestro bien y para su gloria; y hemos pedido por los autores de ellos?

TERCER PUNTO.

Dios mio, bendecid la resolucion sincera que yo tomo de complacerme en adelante en los menosprecios, de abrazarlos con amor y de soportarlos con alegría, segun el ejemplo que Vos me habeis dado por Vos mismo y por vuestros Santos: *Ibant gaudentes... quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act. v, 41).

PRIMER EXÁMEN.

Del orgullo en general.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios en el juicio que ha hecho contra el orgullo en la persona de Lucifer y de todos los que participan de su crimen. Apenas estos rebeldes, llenos de propia estimacion y de complacencia de sí mismos, hubieron concebido el primer pensamiento de elevarse sobre Dios arrebatándole la gloria que El reserva para sí solo, los precipita desde lo más alto de los cielos hasta lo más profundo de los infernos, y los hace pasar en un momento de una extremidad de dicha á una extremidad de miserias. Admiremos esta conducta, y temblemos á vista de un castigo

tan terrible. *Si enim sic actum est cum Angelo, quid de me fiet terra et cinere?* (S. Bern. Serm. 54 in Cant.).

SEGUNDO PUNTO.

El orgullo es un amor y un deseo des-
arreglado que el hombre tiene de su pro-
pia excelencia. Muchas personas se hacen
culpables de este vicio en diferentes ma-
neras:

1. Los que por amar mucho su propia
gloria no buscan sino aparecer y ponen to-
dos sus cuidados en adquirir estimacion.

2. Los que, por este mismo amor de
la gloria, imitan á los fariseos, mostrando
por de fuera más piedad y más virtud de
la que tienen en el fondo del corazon.

3. Los que hablan de sí mismos en to-
das ocasiones, y que no tienen gozo más
grande que de alabarse y de hacer conti-
nuamente su propio elogio.

4. Los que tienen la cabeza llena de
honores, de dignidades y de empleos ele-
vados; y que creyendo merecerlos, no
buscan sino los medios de adquirirlos.

5. Los que, por un exceso de alta opi-
nion de sí mismos, se apoyan siempre so-
bre su propia suficiencia, y que no esti-
mando nada sobre sus propias fuerzas,
abrazan temerariamente las empresas más
difíciles.

6. Los que abandonados sobre sus

sentidos, y presumiendo de sus propias
luces, no hacen estimacion alguna de los
consejos que se les dan, hasta menospre-
ciar aún los de sus superiores.

En fin, los que para elevarse despre-
cian á los demás y tienen en nada lo que
los otros hacen, conduciéndose por esta
máxima: Que para hacerse valer es preci-
so menospreciar á todo el mundo.

Examinemos si nosotros tenemos la ex-
trema desgracia de habernos hecho culpa-
bles del orgullo en cualquiera de estas
maneras.

TERCER PUNTO.

¡Dios mio, la caída de los malos Ange-
les es una grande instruccion en orden al
orgullo que los perdió! Ella nos enseña
que este vicio ataca á los más perfectos,
que él puede triunfar aún de los más fuer-
tes, y que se introduce en todo lugar por
muy santo que sea. Haced, os lo suplico,
oh Dios mio, que nos aprovechemos de es-
tas verdades, y que nos mostremos sabios
considerando el castigo de estos desgracia-
dos espíritus precipitados por su orgullo
en el fondo de los abismos: *Fiat repudia-
tio angelorum emendatio hominum, coope-
retur mihi in bonum etiam diaboli malum,
et lavem manus meas in sanguine peccato-
ris.* (S. Bern. Serm. 54 in Cant.).

SEGUNDO EXÁMEN.

De los sentimientos que debe tener un cristiano en orden al orgullo.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, haciendo aparecer en diversos pasajes del Evangelio los sentimientos que tiene en orden al orgullo, por la manera con que trata á los orgullosos. El condena su conducta, no usa contra ellos sino de reproches y de amenazas, y hace ver manifiestamente cuánto este vicio le es odioso, por la guerra abierta y especial que le declara. *Superbis resistit, veluti quoddam contra illud vitium suscipiens speciale certamen.* (Cassian. Ambr. *in Ps.* cxviii). Rindamos nuestros homenajes á este divino Maestro, y tratemos de entrar en sus sentimientos.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué sentimientos tenemos nosotros del orgullo, y si hemos comprendido bien hasta donde conduce su malignidad.

¿Hemos creído, con los Santos, que este vicio es un veneno sutil que se infiltra insensiblemente en el alma, corrompiendo las más sólidas virtudes? *Secretum virus, pestiferum malum, ærugo virtutum, tinea*

sanctitatis. (S. Bern. *in Psalm.* Qui Habitat. *Serm.* vi).

¿Lo hemos mirado como una enfermedad que hace perder el espíritu, que conduce á la locura, pues que no hay necedades más grandes que las del hombre orgulloso, que se nutre de viento y de humo, que pierde una gloria eterna por la que sólo dura un momento, y que para evitar humillaciones pasajeras se hace víctima de las que no terminarán jamás?

Que hominem infatuat ac stultum demonstrat. (S. Chrys.).

¿Hemos considerado el orgullo como un pecado muy grande, que es el origen y el principio de todos los demás? *Initium omnis peccati, superbia.* (Eccli. x, 15).

¿Hemos reflexionado mucho que el orgullo es el que perdió á los desventurados Angeles, y que es causa todos los dias de que el hombre se haga el vasallo y el esclavo del demonio? *Quasi mancipium et miser captivus diaboli?* (S. Chrys. *Hom. de Superbia*).

¿Estamos bien persuadidos que Dios, todo misericordioso como es, se complace en confundir á los soberbios; que aún en este mundo permite que se precipiten ellos en pecados inmundos y vergonzosos, y que por último el infierno debe ser su propia morada, para ser allí insultados eternamente por los demonios? *Dies Domini su-*

per omnem superbum et super omnem arrogantem; et humiliabitur. (Isai. II, 12).

En fin, ¿pensamos nosotros que el orgullo es un monstruo cuyo furor no tiene límites; que tiende á destronar á Dios y á destruirle arrebatándole su gloria, y que atacando directamente á su propia persona, es la execracion del cielo y de la tierra? *Odibilis coram Deo et hominibus superbia.* (Eccli. x, 7).

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡cómo puede suceder que se deje uno arrastrar por el orgullo, sabiendo bien que Vos le mirais como á un monstruo de iniquidad, y que no teneis para él sino horror! Dadme, oh mi Dios, alguna parte de vuestras luces á fin de que yo conciba de él el mismo juicio que Vos, y que pueda detestarlo tanto como merece un vicio que los Santos han mirado siempre como el carácter propio de los réprobos. *Evidentissimum reproborum signum est superbia.* (Greg. lib. 34 *Moral.*).

PRIMER EXÁMEN.

De la vanidad.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, reprendiendo á los escribas y fariseos de que ellos hacian todas sus acciones para ser vistos

de los hombres y para ser más estimados. *Omnia opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus.* El les hace rudos reproches, y recomienda con energía á los pueblos y á sus discípulos que no les imiten si no quieren ver en el otro mundo sus mejores acciones sin recompensa: *Alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum.* (Matth. VI, 1). Admiramos la detestacion que El muestra tener á la vanagloria, y rindámosle gracias por el deseo con que nos excita á evitarla.

SEGUNDO PUNTO.

La vanidad es un deseo desarreglado de recibir honores y alabanzas, y de aparecer con estimacion delante del mundo. Examinemos si nosotros estamos sujetos á este desarreglo.

¿No es por este principio que deseamos los empleos más elevados y más brillantes; que amamos más predicar que hacer el catecismo, servir á los grandes que á los pobres, y trabajar en las ciudades más que en las aldeas?

¿No es igualmente por este mismo principio que nos entregamos al estudio, y que mostramos tanto ardor por adelantar en las ciencias?

¿No hemos pretendido distinguirnos por alguna novedad ó singularidad, sosteniendo opiniones particulares, platicando de